
La Comedia de los Enredos

Willian Shakespeare

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 3474

Título: La Comedia de los Enredos

Autor: Willian Shakespeare

Etiquetas: Teatro, Comedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 24 de abril de 2018

Fecha de modificación: 24 de abril de 2018

Edita **textos.info**

Maison Carrée c/

Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Acto Dramatis personae

Solino, DUQUE de Éfeso

EGEÓN, mercader de Siracusa, padre de los Antífolos

ANTÍFOLO DE ÉFESO y

ANTÍFOLO DE SIRACUSA, gemelos, hijos de Egeón y Emilia

DROMIO DE ÉFESO y

DROMIO DE SIRACUSA, gemelos, criados respectivos de los Antífolos

ADRIANA, esposa de Antífolo de Éfeso

LUCIANA, su hermana

LUCÍA, su criada de cocina

CORTESANA

ÁNGELO, joyero

BALTASAR, mercader

MERCADER 1.º

MERCADER 2.º, acreedor de Ángelo

El Profesor PIZCO, maestro de escuela y exorcista

EMILIA, abadesa de Éfeso, esposa de Egeón

Carcelero, guardia, mensajero, sirvientes y acompañamiento.

Acto I

Escena I

Entra el DUQUE de Éfeso, con [EGEÓN,] mercader de Siracusa, un CARCELERO y acompañamiento.

EGEÓN

No dudes, Solino: dicta la sentencia que al darme la muerte, apague mis penas.

DUQUE

Ya basta de ruegos, mercader de Siracusa; nada me induce a violar nuestras leyes. La inquina y discordia recién surgidas del fiero rencor que guarda tu duque a los comerciantes de nuestra tierra (cuya sangre sella sus crueles decreto a falta del oro que les dé rescate) hacen que en mi torvo gesto ni siquiera asome la piedad; pues, tras las pugnas fatales entre tus violentos compatriotas y nosotros, los nobles concilios de Éfeso y Siracusa decretaron que cesara por completo todo intercambio entre las dos ciudades. Y más todavía: si a un hombre nacido en Éfeso se le encuentra en ferias o plazas de Siracusa, o si llegara algún siracusano a la bahía de Éfeso, morirá, y sus bienes pasarán a manos del duque, a no ser que reúna mil marcos, el monto de la fianza y su rescate. Y, ya que tu hacienda entera no alcanza los cien marcos, ni aun tasada al máximo, la ley exige que mueras sin remedio.

EGEÓN

Y en todo ello hay alivio: cumplida mi sanción,

con el sol de la tarde cesará mi dolor.

DUQUE

Bien, siracusano: di en pocas palabras por qué dejaste tu hogar y tu tierra, y qué motivo te ha traído a Éfeso.

EGEÓN

No podrías darme tarea más dolorosa que hablar de mis dolores indecibles. Mas, para que el mundo sepa que mi fin lo causa el amor natural y no una vileza, diré lo que el dolor ahora permita. Nací en Siracusa, y desposé una mujer dichosa por tenerme, y a quien traje dicha... si bien la dicha nos abandonó. Con ella vivía feliz; nuestra fortuna crecía con mis frecuentes y prósperas visitas a Epidamno. Mas la muerte de mi ayudante y los bienes que quedaron sin custodia me alejaron de su cálido pecho.
Pero antes que pasaran seis meses de mi ausencia, casi desfallecida por la carga que las mujeres sufren con agrado, se aprestó a seguirme, y muy pronto, sana y salva,

se encontró conmigo. Al poco tiempo de nuestra reunión, fue madre de dos hermosos niños asombrosamente iguales entre sí; tanto, que solo se distinguían por sus nombres. El mismo día, en la misma posada, una mujer humilde tuvo otro par de hijos, idénticos también. La gran miseria de sus padres me condujo a comprarlos, y los crié como siervos de los míos. Mi mujer, orgullosa de los pequeños, a diario me pedía volver a nuestra tierra. Consentí a regañadientes y, ¡ay!, ¡cuán deprisa nos hicimos a la mar!
A una legua de Epidamno, las aguas,

eternas siervas del viento, no daban señal de riesgo ni tragedia. Pero pronto cesó nuestra esperanza: la luz ensombrecida de los cielos solo dio a nuestras almas temerosas la atroz garantía de una muerte inmediata; y, aunque yo la habría acogido de buen grado, los sollozos incesantes de mi esposa, su llanto anticipado a lo inminente y el agudo lamento de los niños, que, sin saber por qué, gemían con ella, hicieron que intentara aplazar nuestro fin. Y esto hicimos (pues no había más remedio: los marineros hallaron refugio en nuestro bote, dejándonos en la nave a punto del naufragio): mi mujer, más inquieta por el que nació segundo, lo ató a un pequeño mástil (el que emplean los navegantes durante las borrascas) y a su lado ató a uno de los siervos, en tanto yo con el otro hacía igual. A salvo así los niños, mi esposa y yo, a cada extremo del palo nos atamos, con mirada celosa en quienes celo exigían, y nos dimos a flotar con la corriente rumbo a Corinto, según nos pareció. Al fin el sol asomó sobre la tierra, dispersando las nubes ofensivas; y con la gracia de su ansiada luz las aguas retornaron a la calma. A lo lejos venían dos raudas naves: una, de Corinto; la otra, de Epidauró.

Mas antes que llegaran... ¡Ay, déjame callar! De lo que ya he contado, deduce su final.

DUQUE

Anciano, no detengas tu historia: piedad puedo darte, aunque no el perdón.

EGEÓN

Ah, si los dioses la hubieran tenido,

con justicia hoy no les diría inclementes. Pues antes que aquellas naves surcaran las diez leguas restantes, chocamos con una roca; la violencia del golpe partió en dos nuestro mástil salvador, y luego de un divorcio así de inmerecido, la fortuna dejó lo mismo a cada uno: algo que nos daba dicha, algo que sufrir. La parte que con mi pobre esposa se alejaba (de menos peso, pero no menos pesar) el viento la arrastró con mayor rapidez, y ante nuestros ojos los tres fueron rescatados por quienes creímos

pescadores de Corinto. Otro barco, por fin, nos recogió, y al saber a quién, por suerte, habían salvado, acogieron a sus huéspedes náufragos; y a los otros habrían despojado de sus presas, de haber sido sus velas más veloces. Mas al final pusieron rumbo a casa. Así es como fui separado de mi dicha, y así la desgracia prolongó mi existencia, para hacer triste relato de mis desventuras.

DUQUE

Por aquellos que tanto te entristecen, cuenta, te lo ruego, sin omitir nada, qué sucedió contigo y los tuyos hasta hoy.

EGEÓN

Mi hijo menor (y mi mayor afán) a los dieciocho años preguntó por su gemelo y pidió que su sirviente, también privado de un hermano, mas no de su recuerdo, lo acompañara en su busca; y así yo, con inquietud por encontrar aquel amor ausente, me arriesgué a perder a quien amaba. Cinco veranos la lejana Grecia he recorrido; anduve por el Asia entera; y de vuelta, por la costa, llegué a Éfeso, sin esperanza, mas negándome a dejar intacto cualquier sitio que dé refugio al hombre.

Pero aquí ha de terminar mi historia: esta muerte oportuna me haría muy feliz si mi periplo asegurase que ellos viven.

DUQUE

Triste Egeón, a quien los hados dictan arrastrar los más graves infortunios, créeme: si no fuera contrario a nuestra ley, a mi corona, mis votos, mi alto rango (lo que un príncipe, aun queriendo, no puede anular) mi alma sería tu defensora. Pero, aunque la muerte sea tu condena, y tu sentencia sea irrevocable, sin causar gran afrenta a nuestro honor haré por ti cuanto pueda. Así, mercader, tienes un día de plazo para encontrar ayuda y salvación: busca amigos en Éfeso, mendiga, pide prestado, reúne la suma y vivirás. Si no, te espera la muerte. Carcelero, lo dejo en tu custodia.

CARCELERO

Así sea, mi señor.

EGEÓN

Parta Egeón, sin auxilio ni esperanza, a demorar el fin de su vida vana.

Salen.

Escena II

Entran ANTÍFOLO [DE SIRACUSA], MERCADER [1.º] y DROMIO [DE SIRACUSA].

MERCADER 1.º

Mejor diles que vienes de Epidamno, y así no confiscarán tus propiedades. Hoy mismo a un mercader de Siracusa lo apresaron por venir aquí y, al no poder salvarse pagando la fianza, conforme a las leyes de este puerto, va a morir antes de que el sol descansa. He aquí el dinero que me diste a guardar.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Dromio, llévalo a nuestra posada, «El Centauro», y permanece allí hasta que te busque. Nos queda una hora antes del almuerzo; en ese tiempo observaré la ciudad, sus costumbres, su comercio y edificios, y luego iré a reposar en el albergue: el largo viaje me tiene rígido y cansado. Anda, retírate ya.

DROMIO DE SIRACUSA

Muchos te tomarían la palabra si tuvieran estos medios a la mano.

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

El criado es de fiar, amigo mío; cuando me abaten las penas y aflicciones, me alivia el humor con sus alegres bromas. ¿Me acompañas a andar por la ciudad y luego a nuestro almuerzo en la posada?

MERCADER 1.º

Ya me han invitado unos mercaderes, de los que espero tratos provechosos. Te ruego me disculpes. Mas, a eso de las cinco, si te parece, podemos vernos en la plaza y departir hasta el fin de la noche. Por ahora, debo atender mis negocios.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Hasta pronto, entonces. Yo me perderé por toda la ciudad, pues quiero visitarla.

MERCADER 1.ºTe encomiendo, pues, a tu satisfacción.

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Quien me encomienda a mi satisfacción, me encomienda a lo que no puedo alcanzar. Para el mundo soy como una gota de

agua que en el mar busca otra gota, y al caer allí para encontrar su igual (invisible, ávida de saber) se diluye en el todo. Así yo, desdichado, a fin de hallar una madre y un hermano, me pierdo a mí mismo.

Entra DROMIO DE ÉFESO.

Aquí vuelve el calendario de mi fecha exacta.— ¿Qué pasa? ¿Por qué regresas tan pronto?

DROMIO DE ÉFESO

¿Pronto? Más bien tarde. El pollo se quema; el cerdo se cae del asador; el reloj dio las doce en su campana, y el ama me estampó la una en la mejilla; mi señora está que arde porque la carne está fría; y lo está porque no llegas a casa; no llegas porque no tienes hambre, y no la tienes por haber desayunado; mas los que sabemos de ayunos y ruegos, pagamos las culpas de un amo andariego.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Mejor déjate de cuentos y dime, ¿dónde has puesto el dinero que te di?

DROMIO DE ÉFESO

Ajá: los seis peniques del miércoles, en pago de la correa en la silla de mi ama. Se los quedó el talabartero, señor, no yo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No estoy de humor para tus bromas, Dromio. Dime sin tontear, ¿dónde está el dinero? Siendo extranjeros aquí, ¿cómo se te ha ocurrido dejar suma tan grande en manos de otra gente?

DROMIO DE ÉFESO

Mira, si quieres bromear, hazlo en el almuerzo. Yo vengo a buscarte porque el ama me lo ordena; mas, si vuelvo solo, seguro que descarga la falta del amo en la mollera del criado. Mejor usa, como yo, el buche por reloj, pues da sin mensajero la hora de ir a casa.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ya basta, Dromio, no estoy para tus burlas; déjalo para otra ocasión. ¿Dónde está el oro que puse en tus manos?

DROMIO DE ÉFESO

¿En mis manos? ¡A mí no me has dado ningún oro!

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ya basta de tonterías, granuja, y dime qué has hecho con tu encargo.

DROMIO DE ÉFESO

Mi único encargo es llevarte de la plaza hasta tu hogar, «El Fénix», a comer.

Mi ama y su hermana te están esperando.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Como a cristiano que soy, respóndeme dónde has puesto a buen recaudo mi dinero, que, si no, te parto esa alegre mollera que se empeña en bromear cuando no tengo ganas. ¿Dónde están los mil marcos que dejé contigo?

DROMIO DE ÉFESO

Son marcas, más bien, lo que me has dejado en la mollera, y otras que llevo en la espalda, gracias a mi señora, pero entre todas no llegan a las mil. Aunque, si quieres que te las devuelva, no creo que te haga mucha gracia recibirlas.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Marcas de tu señora? ¿De quién hablas, bribón?

DROMIO DE ÉFESO

De tu mujer, mi señor: el ama del «Fénix»; la que ayuna hasta que vienes a comer, y te ruega, señor, que ya vayas a comer.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y sigues burlándote en mi propia cara, teniéndolo prohibido? Toma, descarado, toma.

DROMIO DE ÉFESO

Pero ¿qué te pasa? Por Dios, detén esas manos. ¿No? Entonces, pies, ¿para qué os quiero?

Sale.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Por mi vida que, con este o aquel truco, a ese granuja le han robado todo mi oro. Dicen que este puerto está lleno de truhanes: pillos con ágiles manos que engañan la vista; hechiceros que en las sombras confunden las mentes; brujas que asesinan almas y deforman cuerpos; tramposos disfrazados, prolijos charlatanes

y otros tantos pecadores sin freno. De ser cierto, sin demora he de marcharme. Iré al «Centauro» en busca de este esclavo; temo que mi dinero no esté a salvo.

Sale.

Acto II

Escena I

Entra ADRIANA, esposa de Antífolo [de Éfeso], con LUCIANA, su hermana.

ADRIANA

¿No han vuelto mi marido ni su criado, a quien mandé que buscara a su señor sin más demora? Ya son las dos, Luciana.

LUCIANA

Tal vez un mercader lo convidó y de la plaza fueron a comer quién sabe dónde.
Vamos a la mesa, hermana, no te inquietes. El hombre es dueño de su libertad,
el tiempo lo es del hombre, y el hombre viene o va según le acomode el tiempo. Ten paciencia.

ADRIANA

¿Y por qué ha de tener mayor libertad?

LUCIANA

Porque su oficio lo aleja del hogar.

ADRIANA

Si yo me retraso, se enfada conmigo.

LUCIANA

Él es quien lleva las riendas de tu arbitrio.

ADRIANA

Solo los asnos obedecen las riendas.

LUCIANA

Mas la rebeldía se paga con penas. Nada existe bajo el cielo vigilante
sin límite en el mar, la tierra, o el aire; las hembras que habitan estos elementos bien sirven al macho y cumplen sus deseos. Por ser más divino, el hombre preside el mundo anchuroso y el mar irascible; dotado de alma y de raciocinio, sobre el animal ejerce dominio, y de las mujeres es señor y amo: a su voluntad somete tus actos.

ADRIANA

Esa sumisión te tiene soltera.

LUCIANA

Mas bien son los líos que en el lecho esperan.

ADRIANA

Pero si te casas, querrás el poder.

LUCIANA

Primero que amar, sabré obedecer.

ADRIANA

¿Y si tu marido con otra se fuera?

LUCIANA

Sería paciente, siempre que volviera.

ADRIANA

¡Tu paciencia es falsa! A nadie le asombra que te portes dócil si el dolor ignoras. Al alma ofendida por la adversidad, pedimos que calle si quiere llorar; mas si padecemos el mismo tormento, alzamos iguales o peores lamentos. Así tú, sin cruel esposo que te agravie, me das por consuelo calma inconsolable; pero, si sufieras el mismo despojo, no predicarías tu sosiego tonto.

LUCIANA

Un día he de casarme por hacer la prueba.
Ahí llega el criado; tu esposo se acerca.

Entra DROMIO DE ÉFESO.

ADRIANA

¿Ya está a la mano tu tardo señor?

DROMIO DE ÉFESO

¿A la mano? A dos manos, digo yo; y mis dos orejas me respaldan.

ADRIANA

Pero ¿has hablado con él? ¿Te dio sus razones?

DROMIO DE ÉFESO

Más bien me las zumbó, y duro, en cada oreja. Pero ¿cómo oír razones que se dan con manotazos?

LUCIANA

¿Te dio señas tan raras que te ha confundido?

DROMIO DE ÉFESO

¡Qué va! Las señas que da son inconfundibles. Sus razones, en cambio, son tan confusas, que apenas se da a entender.

ADRIANA

Pero, vamos, dime: ¿viene a casa o no?
Al parecer, le incomoda agradar a su esposa.

DROMIO DE ÉFESO

Es que el amo parece un toro enloquecido.

ADRIANA

¿Cómo que toro, granuja?

DROMIO DE ÉFESO

No es que tenga cuernos, ama; pero loco está, y de remate.

Cuando le rogué que viniera a comer, me pidió que le diera mil marcos de oro.

«A comer», le digo; «mi oro», me dice.

«La carne se quema», le digo; «mi oro», me dice.

«Pero ¿vienes o no?», le digo; «mi oro», me dice.

«¿Y dónde están, pilló, los mil marcos que te di?»

«El cerdo», digo, «se ha quemado»; «mi oro», dice. «Mi señora quiere...», le digo. «¡Que la cuelguen!

No conozco a la señora; ya me harté de la señora.»

LUCIANA

¿Quién lo dice?

DROMIO DE ÉFESO

Lo dice mi señor.

«No conozco», dice, «casa, mujer o señora.» Así, el encargo que debía cumplir mi lengua, por su gracia lo he traído de vuelta en el lomo, pues, concluyendo, ahí me dio los manotazos.

ADRIANA

Vuelve allá, bribón, y tráelo a casa.

DROMIO DE ÉFESO

¿Que yo vuelva y él me devuelva a golpes? Por Dios, mejor manda a otro mensajero.

ADRIANA

Vuelve, granuja, o te parto la mollera.

DROMIO DE ÉFESO

Luego, para ir en tu contra, él me la reparte, y en mi testa dejáis la cruz de vuestros pecados.

ADRIANA

Cierra el pico, mequetrefe; trae a tu señor.

DROMIO DE ÉFESO [*aparte*]

¿Tanto me desprecian, que tanto me maltratan y me dan puntapiés, como a un balón, para allá la esposa, para acá el marido? Fórrenme de cuero si yo aún les sirvo.

[*Salé.*]

LUCIANA

¡Pero cómo te ha ofuscado la impaciencia!

ADRIANA

Sus queridas disfrutan de su presencia mientras yo me muero por una mirada. ¿Mis años le han robado a mi desdichada tez su belleza? No: él la ha malgastado. ¿Es sosa mi charla, necio lo que hablo? El diálogo vivo pierde su agudeza mas no contra el mármol: en la indiferencia.

¿Con alegres galas otras lo seducen?

Es rey de mi aspecto; que él no me culpe. Estas ruinas mías, ¿no las ha causado su abandono? Mi descuido es su pecado. Una cálida mirada bastaría para alumbrar mi belleza oscurecida; mas, como un ciervo indócil, salta la cerca y no come en casa. Yo soy su muñeca.

LUCIANA

¡Te matan los celos! Échalos a palos.

ADRIANA

Solo una insensible disculpa el agravio. Sus ojos veneran altares ajenos, pues, ¿qué le impide estar bajo mi techo? Me ha prometido una linda cadena; si mejor cumplierse con otras tareas en su propia cama hallaría quietud. La gema más bella pierde así su luz, mas el oro dura, aun cuando lo palpen tantos que al final se ensucie y desgaste: así, pues, no hay hombre que se llame tal que manche su nombre con la falsedad. Si mi encanto ya no cumple sus anhelos, que llorando me consuma el desconsuelo.

LUCIANA

¿A cuántos necios vuelven locos los celos?

Salen.

Escena II

Entra ANTÍFOLO [DE SIRACUSA].

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

El oro que le di a Dromio está a salvo en «El Centauro», y mi atento sirviente, según la cuenta de las horas y el posadero, salió de allí para buscarme. No hemos hablado desde que le ordené irse de la plaza. Ah, mira, aquí llega.

Entra DROMIO DE SIRACUSA.

¿Qué tal, señor mío? ¿Se te pasó el buen humor?
Ya que gozas con mis golpes, búrlate de nuevo:
¿Que no sabes del «Centauro»? ¿Que nada te di? ¿Que tu ama me espera a comer? ¿Que mi casa se llama «El Fénix»?
¿Estabas tan loco que me respondías tan locamente?

DROMIO DE SIRACUSA

¿Y qué te respondí? ¿Cuándo dije eso?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Hará media hora, en este lugar.

DROMIO DE SIRACUSA

Pero no te he visto desde que ordenaste que llevara el dinero al «Centauro».

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Granuja, dijiste no haber recibido el oro y que me esperaba a comer una señora.
Confío en que hayas sentido el peso de mi disgusto.

DROMIO DE SIRACUSA

Gusto, más bien, me da verte tan alegre.

¿Y a qué viene la broma, señor?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ah, ¿aún te burlas y te mofas en mi cara? ¿Me tienes de bufón? Aquí te cobro las bromas...

Le pega a DROMIO.

DROMIO DE SIRACUSA

Basta, por Dios; que estás cobrándote en serio. ¿Y por qué mal negocio me golpeas?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Tu impertinencia abusa de mi afecto y haces de mi seriedad tu burla solo porque a veces te doy mi confianza, te dejo divertirme y charlo contigo.

Cuando luce el sol, que se diviertan las moscas, pero que vuelvan al nido al caer la tarde. ¿De mí quieres burlarte? Consulta mi zodiaco en mi gesto y actúa según el pronóstico, o a coscorrónes te clavo el criterio en la crisma.

DROMIO DE SIRACUSA

¿Clavármelo en la crisma? Para ahorrarme el descalabro, mejor di en la mollera. Pero si insistes con los coscorrónes, tendré que ponerme un casco (y encima echarme un casquete) antes que se me escurran los sesos por la espalda. Pero, dime, señor: ¿por qué me gané los coscorrónes?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿No lo sabes?

DROMIO DE SIRACUSA

Solo sé que me los das.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Te digo la causa?

DROMIO DE SIRACUSA

Sí, señor, y también por qué, pues dicen que para cada causa hay un por qué.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Pues bien, ¿por qué? Porque me hiciste burla. ¿Y la causa? Por hacerlo otra vez.

DROMIO DE SIRACUSA

Pero ¿han golpeado a nadie tan fuera de razón, si el motivo y la causa no dan explicación? Muchas gracias, amo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y por qué me das las gracias?

DROMIO DE SIRACUSA

Por tu generosidad: me has dado algo por nada.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

A la próxima corregiré y por algo no te daré nada. Pero dime, ¿ya es hora de comer?

DROMIO DE SIRACUSA

No, señor; a la carne le falta que le hagan lo que a mí.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡Enhorabuena! ¿Y qué le falta?

DROMIO DE SIRACUSA

Pues que la ablanden.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Mas si la ablandan, se seca.

DROMIO DE SIRACUSA

Si así estuviera, te pido que no la comas.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y por qué razón?

DROMIO DE SIRACUSA

Para que no se te seque el humor y me des palos en serio.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Pues aprende a hacer tus chistes en buena hora: cada cosa a su tiempo.

DROMIO DE SIRACUSA

Eso, mi señor, yo me hubiera atrevido a negarlo antes de que te enfadaras.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Conforme a qué regla, eh?

DROMIO DE SIRACUSA

Una tan evidente como la calva del mismo Padre Tiempo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Explícate.

DROMIO DE SIRACUSA

Es que, si la calvicie es natural, nunca hay buena hora para que un calvo recobre su pelo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Ni pagando por recuperarlo?

DROMIO DE SIRACUSA

No: si paga un peluquín, recupera el pelo que otro perdió.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y por qué dices que el tiempo es tacaño con el pelo, cuando es, como lo es, abundante?

DROMIO DE SIRACUSA

Porque es una bendición que concede a las bestias; y cuando a los hombres se los escatima, lo suple con seso.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Pero hay muchos hombres con más pelo que seso.

DROMIO DE SIRACUSA

Mas ninguno con seso suficiente para no meterse en líos que le arranquen el pelo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Y así concluyes que entre los peludos abundan las meteduras.

DROMIO DE SIRACUSA

Y cuanto más duras las meten, con más abundancia se les cae el pelo.^[30] Pero al perderlo, ahorran sal y salario con sumo placer.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y a causa de qué?

DROMIO DE SIRACUSA
De dos cosas, muy firmes.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA
Si están firmes, mejor guárdatelas.

DROMIO DE SIRACUSA
Entonces serán confiables.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA
No hay nada confiable en la falsedad.

DROMIO DE SIRACUSA
Pues entonces serán ciertas.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA
Dilas ya.

DROMIO DE SIRACUSA
Una, que se ahorran el peluquero; la otra, que al comer no llenan de pelo la sopa.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA
¿Y lo que hacías todo este tiempo era demostrar que no hay un tiempo para cada cosa?

DROMIO DE SIRACUSA
Y lo hice, mi amo; a saber, que no hay buena hora para recobrar el pelo que se pierde por causa natural.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA
Pero tus argumentos nunca demostraron que no haya una ocasión para todo.

DROMIO DE SIRACUSA
Permite que corrija: si el tiempo es calvo, y a la ocasión la pintan igual, ni al fin de los tiempos tendrán los calvos ocasión de recobrar el pelo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA
Ya sabía que en tu conclusión habría más pelo que seso. Pero calla. ¿Quién nos llama?

Entran ADRIANA y LUCIANA.

ADRIANA
Sí, Antífolo: desconóceme y frunce el ceño.
Otra es la dueña de tu fina estampa.
Yo no soy Adriana, ni soy tu mujer. Alguna vez, sin mediar exigencia, juraste que nunca una palabra fue música en tu oído, nunca un objeto agradable a tus ojos, nunca un roce acogido por tus manos, nunca viandas deliciosas en tu boca, si de mí no las oías, veías, sentías, o si no probabas

mis deleites. ¿Por qué ahora, esposo mío, eres un extraño para ti? Para ti, digo, pues al desprenderte de mí, parte indivisible de tu propio cuerpo, soy más que lo mejor de ti mismo.

¡Ay, no te apartes de mí!

Sabe, amor, que es más fácil que dejes caer una gota en las olas del golfo y la vuelvas a sacar sin que se mezcle, sin que crezca o disminuya, que arrancarte de mí y no llevarme siempre.

¿Cuán hondo te calaría siquiera oír que yo fuera perjura, y que este cuerpo, a ti consagrado, se contaminara con lujuria vil? ¿No me escupirías, no me alejarías, arrojándome el nombre de esposo en la cara, arrancando la piel sucia de mi frente lasciva, quitando el anillo de mi mano infiel y partiéndolo con un grave voto de divorcio?

Bien sé que puedes, así que hazlo.

Me mancilla el baldón del adulterio,

mi sangre se ha envenenado de lujuria; pues, si tú y yo somos uno, y faltas a tus votos, yo asimilo el veneno de tu carne y me prostituye tu contagio. Si respetas tu lecho genuino y a tu fiel esposa, yo vivo sin mancha, y tú, sin deshonra.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Me hablas a mí, bella dama? ¡Si no te conozco! Llevo en Éfeso apenas dos horas y tu ciudad me es tan ajena como tus dichos; cada uno mi mente ha examinado y ninguno le dice algo sensato.

LUCIANA

¡Vaya, cuñado, cómo cambian las cosas!

¿Desde cuándo tratas así a mi hermana? A Dromio le pidió que te llevara a comer.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿A

Dromio?

DROMIO DE SIRACUSA ¿A mí?

ADRIANA

A ti mismo, y me contaste qué hizo: te dio manotazos, y con cada uno negó que mi casa es la suya, y yo su esposa.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Has conversado con esta mujer? ¿Cuál es el meollo de tus tratos?

DROMIO DE SIRACUSA

¿Yo, señor? ¡Pero si nunca la he visto!

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Mientes, sinvergüenza, pues lo que dice es lo mismo que me has dicho en la plaza.

DROMIO DE SIRACUSA

Jamás he cruzado palabra con ella.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y cómo es que nos llama por nuestro nombre? ¿Será inspiración divina?

ADRIANA

Le viene muy mal a tu seriedad que finjas tan burdamente con tu criado y lo incites a calmar mi mal humor. No ignoro que es culpa mía tu desapego, mas no añadas a esa culpa tu desprecio. Ven aquí, deja que a tu brazo me ciña: tú eres un olmo, esposo; yo soy la viña cuya debilidad, uncida a tu fuerza, le permite comulgar con tu grandeza. Solo algo inmundo de mí te alejaría: bejuco, musgo vil, hiedra advenediza, cizaña que medra por falta de poda, infecta tu savia y la vida te roba.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA [*aparte*]

A mí me ha hablado, a mí se refería.

¿Me he casado con ella mientras dormía?

¿Quizá duermo y sueño que su voz percibo? ¿Qué error nos engaña los ojos y oídos? En tanto resuelvo tan patente enredo, cumpliré su antojo sin mostrarle miedo.

LUCIANA

Dromio, a casa; que pongan la mesa mis criados.

DROMIO DE SIRACUSA [*aparte*]

¡Que el rosario y la cruz me libren del pecado! Aquí hay magia negra. ¡Pena de mi pena! Hablamos con duendes, búhos y hechiceras; si no obedecemos, el alma nos chupan, o con sus pellizcos la piel nos torturan.

LUCIANA

¿Por qué murmuras en vez de contestar?

Zángano, babosa, insecto holgazán.

DROMIO DE SIRACUSA

¿Ay, señor, me han transformado de verdad?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Será en tu mente, lo mismo que a mí.

DROMIO DE SIRACUSA

No; te pregunto si aún parezco el mismo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No, tú no has cambiado.

DROMIO DE SIRACUSA

Sí: me han vuelto un simio.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Pues si en algo te conviertes es en asno.

DROMIO DE SIRACUSA

¡Sí! Ya siento que me monta y busco un prado. De veras soy un burro. Si no es así, debía conocerla como ella a mí.

ADRIANA

Vamos, vamos, ya me harté de hacer la boba, de cubrirme los ojos con las manos y llorar, mientras amo y criado se ríen de mis penas.

Venga, señor, a comer.— Guarda la puerta, Dromio.— Marido, hoy almuerzo contigo arriba; allí confesarás tus múltiples travesuras.

Dromio, si alguien pregunta por tu señor, di que fue a comer y no dejes entrar a nadie.— Ven conmigo, hermana. Dromio, haz de portero.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA [aparte]

¿Estoy en la tierra, el cielo, el infierno?

¿Despierto o soñando? ¿Cuerdo? ¿Enloquecí?

¿Conocido de ellas y oculto de mí?

Haré lo que digan, sin protesta alguna,

y así en esta niebla viviré aventuras.

DROMIO DE SIRACUSA

Entonces, señor, ¿vigilo la puerta?

ADRIANA

Y que nadie pase o te doy en la testa.

LUCIANA

Antífolo, ven; la comida apremia.

[*Salen.*]

Acto III

Escena I

Entran ANTÍFOLO DE ÉFESO, su criado DROMIO [DE ÉFESO], ÁNGELO el joyero y BALTASAR el mercader.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Querido Ángelo, ya que mi mujer se enfada si llego tarde, discúlpalos a todos: dile que me entretuve en tu taller mientras terminabas la cadena que mañana le entregarás en su casa.

Pero aquí hay un descarado que ha osado decirme que me vio en la plaza, que allí le pegué y le ordené guardar mil marcos de oro, y que yo negaba tener hogar o esposa.— ¿Y tú, borracho, qué buscabas con eso?

DROMIO DE ÉFESO

Nada importa lo que digas, pues yo sé lo que yo sé. De que me has dado de palos, tu propia mano da fe. Si tus golpes fueran tinta y mi piel un pergamino, conforme a tu puño y letra bien leerías lo que opino.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Yo opino que eres un asno.

DROMIO DE ÉFESO

Y yo digo que es verdad, pues tolero tus abusos y la leña que me das. Debería tirar patadas cada vez que me las tiras: al asno quizá respetes si de sus coces te cuidas.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Baltasar, ¿por qué tan serio? Ojalá nuestros manjares demuestren la bienvenida que en casa queremos darte.

BALTASAR

Las viandas son lo de menos; la acogida es lo que vale.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Mas si de carne o pescado la mesa está bien servida, da mejor recibimiento que la mayor acogida.

BALTASAR

Cualquier vianda está al alcance: solo basta con pagarla.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

La bienvenida lo es más, pues basta con solo darla.

BALTASAR

Aunque falten los manjares, la acogida es un banquete.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Si el anfitrión es avaro y el huésped inapetente. Aunque mis viandas sean pobres, recíbelas con aprecio; hallarás mejor banquete, mas nunca mayor afecto.
Pero ¿han cerrado el portón? Que nos abran pronto, venga.

DROMIO DE ÉFESO

¡Juana, Brígida, Mariana, Celia, Julia, Magdalena!

[DROMIO DE SIRACUSA *contesta desde dentro a lo largo de esta escena.*]

DROMIO DE SIRACUSA

¡Pánfilo, lelo, capón, bruto, bufón y borrico!
Lárgate ya de la puerta o siéntate junto al postigo. ¿Tienes ansia de mujer y a una docena has llamado cuando una te basta y sobra? Aléjate ya, tarado.

DROMIO DE ÉFESO

¿Qué bobo hace de portero?— Mi amo en la calle espera.

DROMIO DE SIRACUSA

Que vuelva por donde vino, o los pies se le congelan.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quién nos habla desde dentro? ¡Eh, tú, abre ya el portón!

DROMIO DE SIRACUSA

Con gusto te digo cuándo, si me das una razón.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Pues la razón es mi almuerzo; todavía no he comido.

DROMIO DE SIRACUSA

Pues hoy, aquí, tú no comes; vuelve cuando sea debido.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Y tú quién eres, bribón, para echarme de mi casa?

DROMIO DE SIRACUSA

Un portero temporal, y Dromio todos me llaman.

DROMIO DE ÉFESO

Ay, granuja, que me robas el nombre y hasta el oficio: uno no me ha dado fama; el otro, ¡cuántos suplicios! Si este día con mi nombre mi puesto hubieras tomado, tu cara habrías cambiado por otro nombre o el de asno.

Entra LUCÍA [y habla desde dentro en esta escena].

LUCÍA

¿A qué viene tanto lío? Dromio, di, ¿quién ha llamado?

DROMIO DE ÉFESO

Ábrele al amo, Lucía.

LUCÍA

No, porque se ha retrasado; díselo así a tu señor.

DROMIO DE ÉFESO

Mejor me río en tu cara con este proverbio: ¿Temes que te mida con mi vara?

LUCÍA

Yo me río con este otro: ¿cuándo? ¿Tú crees que podrías?

DROMIO DE SIRACUSA

Te has lucido con el nombre y con la réplica, Lucía.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Es que no me oyes, preciosa? Espero que ya nos abras.

LUCÍA

Creí haberos invitado.

DROMIO DE SIRACUSAY respondisteis que no.

DROMIO DE ÉFESO

¡Que venga la ayuda! ¡Bien! Golpe por golpe se dio.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Abre de inmediato, golfa.

LUCÍA

¿Por gracia de quién, señor?

DROMIO DE ÉFESO

Pega con fuerza, mi amo.

LUCÍA

Hasta que sientas dolor.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Si llego a tumbar la puerta, lo vas a pagar con llanto.

LUCÍA

Habiendo un cepo en la plaza, no me asustan tus amagos.

Entra ADRIANA [y habla desde dentro en esta escena].

ADRIANA

Pero ¿quién está a la puerta, que tanto escándalo mete?

DROMIO DE SIRACUSA

Dios mío, ¡si en este puerto no abundan mozos rebeldes!

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Estás ahí dentro, esposa? ¿A qué viene esa tardanza?

ADRIANA

¿Yo la mujer de un patán? Aléjate de mi casa.

[Sale con LUCÍA.]

DROMIO DE ÉFESO

Si lo de «aléjate» irrita, lo de «patán» hace llaga.

ÁNGELO

Aunque cualquiera nos baste, no hay viandas ni bienvenida.

BALTASAR

Y tras compararlas tanto, nos vamos sin recibirlas.

DROMIO DE ÉFESO

Haz que pasen, mi señor, y prueben esas delicias.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Un viento desconocido y desfavorable lo impide.

DROMIO DE ÉFESO

Pues si el viento te entumece, busca ropa que te abrigue. Fuera, tu carne se enfría; dentro, caliente te espera, y te haría sentir cornudo que así te compren y vendan.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Ve por algún instrumento para romper el cerrojo.

DROMIO DE SIRACUSA

Si lo rompes, animal, yo la cabeza te rompo.

DROMIO DE ÉFESO

Cualquiera rompe en bravatas, son como viento ligero: malo es que rompan de frente si prorrumpen del trasero.

DROMIO DE SIRACUSA

Eso buscas que te rompan si no te vas, majadero.

DROMIO DE ÉFESO

Ya basta con las bravatas; abre la puerta, te digo.

DROMIO DE SIRACUSA

Cuando el pez no tenga aletas y el ave no tenga pico. [Sale.]

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Entraremos a la fuerza; consígueme una palanca.

DROMIO DE ÉFESO

¿Una palanca, señor? Si es un pico lo que falta. Para que el ave y el pez estén completos y en paz, usemos el pico bien y hagamos las paces ya.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Que vayas por la palanca de inmediato!

BALTASAR

Ten paciencia, no cedas al arrebato, que con ello haces la guerra a tu prestigio, y la honra inmaculada de tu esposa sometes a la sombra del recelo. Bien sabes cuán prudente es tu mujer; sus sobrias virtudes, edad y recato indican que algo extraño está ocurriendo. No dudes que sabrá explicar muy bien por qué se te cierran las puertas. Hazme caso, señor, y parte en calma. Comamos en la Posada del Tigre, y cuando el sol se ponga, ven solo y averigua el porqué de esta insólita exclusión. Si amenazas con entrar violentamente a plena luz del agitado día, provocarás un escándalo grosero, y lo que el vulgo curioso se imagine contra tu reputación, hasta ahora limpia, será como una inmundicia que invada tu sepulcro y en tu lápida se grabe, pues, donde la calumnia se entromete, allí se perpetúa eternamente.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Me has convencido. Partiré en silencio, y, aunque esté sin alegría, me alegraré. Conozco a una mujer de fina charla, bella y avispada, audaz y esquiva, mas dócil, con quien podemos comer. Por su causa (lo juro, sin razón alguna) mi esposa me ha reñido con frecuencia.

En su casa almorzaremos. [A ÁNGELO] Ve por la cadena, que a estas horas debe estar terminada, y llévala al Hostal del Puercoespín, donde vive esa mujer. Date prisa. Para irritar a mi esposa, nada más, regalaré la cadena a mi anfitriona. Si en mi propia casa me cierran las puertas, otras tocaré que no sean estrechas.

ÁNGELO

Allá nos veremos antes de una hora.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Creo que va a salirme bien cara esta broma.

Salen.

Escena II

Entran LUCIANA y ANTÍFOLO DE SIRACUSA.

LUCIANA

Pero, ¿acaso has olvidado por entero, Antífolo, tus deberes de marido?

¿En su primavera tu amor ya está seco?

¿Su tallo que apenas brota, ya marchito? Si desposaste a mi hermana por sus bienes, por su bien dale más pruebas de ternura. Si te seduce un cariño diferente, disfraza la traición, que quede oculta; que mi hermana no la advierta de tus ojos, que tus labios no anuncien tu deslealtad. Finge ser amable, miente en dulces tonos, que el vicio parezca ángel de bondad. Arropa con seda las manchas del alma, enseña al pecado los modos del justo.

Sé falso en secreto. ¿Para qué informarla?

¿Qué bandido tonto presume de hurtos? Es doble ruindad traicionar tu cama y que lo confiese tu gesto en la mesa.

El infiel prudente se ahorra una infamia; si del mal blasona, duplica su deuda. ¡Ay de las mujeres! Basta con que un hombre nos jure su amor: confiadas nacimos. La mano aceptamos si otra el brazo os coge; giramos en torno de vuestro dominio.^[31] Así, pues, cuñado, regresa a tu alcoba, alegre a mi hermana, dile «amada mía».

Bendito el pecado que hay en las lisonjas, si un elogio dulce termina las riñas.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ignoro tu nombre, bellísima dama,

y por qué portento conoces el mío. Dignos de una reina, tu ingenio y tu gracia superan lo humano, son casi divinos. Mi juicio alecciona, edúcame el habla; muéstrale a mi mente (humilde, menuda, hundida en errores, frágil, débil, llana) el sentido oculto que hay en tus argucias. ¿Por qué buscas que la verdad impecable de mi alma se pierda en un mundo ignoto?

¿Eres una diosa? ¿Quieres transformarme?

Hazlo de una vez y a tus pies me postro. Mas si yo soy yo, que no quepa duda: no soy el esposo de tu triste hermana, con su lecho no contraí deuda alguna; eres tú, nadie más, quien me arrebató. Ya no me pidas, sirena, con tus notas, que me ahogue en el torrente de su llanto. Canta por ti, vuélveme loco, posa tu cabellos de oro sobre el mar plateado, que haré mi cama en sus olas, y yaciendo en tus hechizos, sentiré que al morir llego a la gloria. Aunque Amor es ligero, si ella naufraga, juntos se habrán de hundir.

LUCIANA

Pero ¿qué me dices? ¿Has perdido el juicio?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

He hallado el amor; no sé cómo ha sido.

LUCIANA

Es un disparate que inventan tus ojos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Si miro tu luz, sol esplendoroso.

LUCIANA

Mira donde debes y tu vista aclara.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Amor, eso es ver la noche cerrada.

LUCIANA

¿«Amor» tú me dices? Mi hermana es tu amor.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

La hermana de la tuya.

LUCIANA

La mía.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡Que no!

Tú eres lo mejor de mí: luz de mis ojos, de lo hondo de mi alma lo más hondo, mi alimento, mi fortuna y dulce anhelo, cielo en mi tierra y mi ilusión del cielo.

LUCIANA

Todo eso es mi hermana... o serlo debiera.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Tú llámame hermana: mi amor se te entrega.

Te amo, y pasaré mi vida contigo. Yo no tengo esposa; tú, ningún marido: dame la mano.

LUCIANA

Mejor calla, señor.

Buscaré a mi hermana y su aprobación.

Sale.

Entra DROMIO DE SIRACUSA.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Qué hay, Dromio, dónde vas tan deprisa?

DROMIO DE SIRACUSA

¿Sabes quién soy, señor? ¿Soy Dromio? ¿Tu sirviente? ¿Soy yo mismo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Eres Dromio, mi sirviente, tú mismo.

DROMIO DE SIRACUSA

Un asno soy, siervo de una mujer, enajenado.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿De qué mujer eres siervo? ¿Cómo enajenado?

DROMIO DE SIRACUSA

Por Dios, ajeno a mí: entregado a una mujer que me reclama, que me acosa, que me quiere para sí.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Con qué derecho para sí?

DROMIO DE SIRACUSA

Así, señor, así; con el mismo que montas a tu caballo: me quiere coger por bestia y montármeme; no porque yo sea una bestia, sino que ella es tan bestial que así me quiere coger.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y

cómo es?

DROMIO DE SIRACUSA

De reverendo cuerpo, señor, que incita a postrarse. Eso, de las que un hombre no puede hablar sin añadir «con perdón». Flaca sería mi fortuna con este enlace, pero me haría el caldo gordo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Cómo

gordo?

DROMIO DE SIRACUSA

Pues es criada en la cocina y gruesa en todas partes. Podría escurrirle el sebo, hacerla mi lámpara y largarme a la luz de su fuego. Te digo que sus trapos y la grasa que la cubren bastan para calentar un invierno en Polonia. Cuando llegue el día del juicio, seguirá ardiendo una semana después del fin del mundo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Cómo es su piel?

DROMIO DE SIRACUSA

Tan oscura como mis zapatos, pero la cara la trae siempre limpia. ¿Que por qué? Porque suda tanto que podrías hundirte en su mugre.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ese defecto se cura con agua.

DROMIO DE SIRACUSA

No, señor, su color es tan firme que ni el diluvio de Noé podría lavarlo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y

cómo se llama?

DROMIO DE SIRACUSA

Nélida, pero el nombre *ni le da* para medirla de cadera a cadera.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿O sea que es bastante ancha?

DROMIO DE SIRACUSA

De pies a cabeza mide igual que de cadera a cadera, señor. Es redonda como el globo de la tierra, y en ella podríamos hallar varios países.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿En qué parte de su cuerpo queda Irlanda?

DROMIO DE SIRACUSA

Caray, pues en el trasero, por el gran pantano que allí tiene.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y

Escocia?

DROMIO DE SIRACUSA

Por su sequedad, en las palmas de las manos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y

Francia?

DROMIO DE SIRACUSA

En la frente, que de zanja en zanja avanza en guerra contra su cabello.^[32]

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿E Inglaterra?

DROMIO DE SIRACUSA

Pues busqué el blancor de sus acantilados, pero no los vi nada blancos.^[33] Me imagino que se quedó en la mandíbula, a juzgar por los mocos que corrían hasta allí desde Francia.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Y

España?

DROMIO DE SIRACUSA

Esa no la vi, señor, pero bien que la percibí en lo picante de su aliento.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y América, las Indias?

DROMIO DE SIRACUSA

Caramba, pues en la nariz: incrustada de rubíes, zafiros, carbúnculos, colgando hacia el picante aliento de España, que mandaba una armada entera de galeones para cargar todos ellos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y los Países Bajos?

DROMIO DE SIRACUSA

No, señor, ahí abajo no me asomé. En conclusión: esta criada o hechicera me reclama, me llama Dromio, jura que me he prometido a ella y describe todas mis señas: la marca en mi hombro, el lunar en mi nuca, la gran verruga en mi brazo izquierdo... Tantas que, asombrado, huí de ella como de una bruja. Y si mi pecho no estuviera armado de fe, y mi corazón de acero, ella me habría convertido en un perro rabicorto para darle vueltas a su asador.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ve de prisa a la bahía, que si el viento es en cualquier medida favorable, no pasaré la noche en esta ciudad. Si hoy un barco partiera, ven a la plaza, allí te estaré esperando. Aquí todos nos conocen, aunque a nadie conocemos. Liemos los bártulos; no nos quedaremos.

DROMIO DE SIRACUSA

Como quien huye del oso por su vida,

así yo, de quien se antoja esposa mía.

Sale

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Este sitio está poblado de hechiceros, por eso es urgente que partamos.

A quien me llama esposo mi alma repudia. Pero su bella hermana, colmada de gracia suprema, presencia encantadora, hablar atrayente, casi me vuelve traidor a mí mismo. Para no ser el causante de mis penas, cerraré mi oído al canto de sirenas.

Entra ÁNGELO con la cadena.

ÁNGELO

¡Señor Antífolo!

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ese es mi nombre.

ÁNGELO

Lo sé, señor, lo sé. Aquí está la cadena. Quería alcanzarte en el «Puercoespín», mas por terminar esta joya perdí la cita.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Y qué quieres que haga yo con esta cosa?

ÁNGELO

Lo que más te plazca; tú me la encargaste.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Que yo te la encargué? Jamás lo hice.

ÁNGELO

No una, ni dos: lo has hecho veinte veces.
Llévatela a casa y complace a tu mujer. Iré a verte
a la hora de la cena y entonces podrás hacerme
el pago.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Te lo ruego, toma ahora el pago, no sea que te quedes
sin dinero ni cadena.

ÁNGELO

¡Qué bromista eres! Que pases buen día.

Sale

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No sé qué decir, pero esto diría:
no hay sobre la tierra un hombre tan necio que rechace
una joya de tan alto precio. Aquí no hace falta vivir con
engaños, si das en la calle con tales regalos. Me voy a
la plaza a esperar a Dromio; si hoy zarpa una nave, me
hallaréis a bordo.

Sale

Acto IV

Escena I

Entran el [SEGUNDO] MERCADER, [ÁNGELO, el] joyero, y un GUARDIA.

MERCADER 2.º

Debías pagarme antes de Pentecostés, bien lo sabes, y ni entonces ni después te he importunado. Mas hoy debo salir para Persia y requiero capital para mi viaje. Así que, dame ya satisfacción o haré que este guardia te detenga.

ÁNGELO

La suma exacta de lo que te debo es lo que Antífolo me adeuda: justo antes de encontrarte, le he entregado una gargantilla. A las cinco en punto recibiré su pago por mi trabajo. Si quieres, ven a su casa conmigo; ahí te daré el dinero y las gracias.

Entran ANTÍFOLO [y] DROMIO DE ÉFESO, [volviendo] de casa de la cortesana.

GUARDIA

Os podéis ahorrar el viaje; aquí llega.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Mientras voy a casa del joyero, anda y compra una sogá: con ella me vengaré de mi mujer y sus secuaces por cerrarme mis propias puertas a la luz del día. Pero ¿qué veo? Se acerca el orfebre. Deprisa, compra la sogá y llévala a mi casa.

DROMIO DE ÉFESO

Si al año me cuelgan mil faltas, ¿no compraré una sogá?

Sale.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Bien servido queda quien en ti confíe! Juré que vendrías a darme la cadena, pero al hostel no llegó el joyero, ni la joya. ¿Pensaste que se haría más grande nuestro afecto si lo atara una cadena, y por eso no fuiste?

ÁNGELO

Déjate de bromas, aquí está la factura: indica el peso, hasta el último quilate, la calidad del oro y la bella orfebrería. Suma unos trescientos ducados más de lo que le debo a este caballero. Te ruego que le pagues de inmediato, pues debe partir y solo eso lo detiene.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No traigo ese dinero conmigo y tengo asuntos pendientes en el puerto. Amigo, lleva a este señor a mi casa, y la cadena también, y pide a mi esposa que te dé la suma que se indica en la factura. Con suerte, llegaremos al mismo tiempo.

ÁNGELO

¿Entonces, tú le llevarás la cadena?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No, hazlo tú en mi lugar; podría retrasarme.

ÁNGELO

Bien, así sea. Te lo ruego, dámela.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Yo no la tengo; espero que esté en tu poder, o habrás de regresar sin tu dinero.

ÁNGELO

Vamos, vamos, te ruego que me la entregues; la marea y el viento aguardan a este amigo, que por mi culpa ha esperado en demasía.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Por Dios, no uses esas mañas para disculpar tu ausencia del «Puercoespín»; al verte debí quejarme de que no trajeras la joya, pero, astutamente, prefieres reñirme.

MERCADER 2.º

Llega mi hora de partir, señor. Concluye.

ÁNGELO

¿Oyes cómo me provoca? — ¡La cadena, digo!

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Dásela a mi mujer y allá tendrás tu pago.

ÁNGELO

Pero sabes que te la he dado ahora mismo.— Manda la cadena, o a mí con una nota.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Ya es bastante; tus bromas pierden fuelle.
¿Dónde has puesto la cadena? Quiero verla.

MERCADER 2.º

Mis negocios no toleran más pamplinas.— Señor mío, dime si vas a pagarme, que si no, pondré al joyero en manos del guardia.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Pagarte? ¿Y yo qué tengo que pagarte?

ÁNGELO

El dinero que me debes por la joya.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Nada debo en tanto nada reciba.

ÁNGELO

Pero hace apenas media hora te la he dado.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No me diste nada; me agravias al decirlo.

ÁNGELO

Más me agravias tú al negarlo.
Considera el daño que haces a mi fama.

MERCADER 2.º

Bien, guardia, deténlo, te lo ruego.

GUARDIA

Te conmino, en nombre del duque, a que me obedezcas.

ÁNGELO

Esto daña mi prestigio.
Consiente en pagar esa suma en mi nombre o a ti te
detendrá este guardia.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quieres que pague lo que no me has dado? Hazme detener,
cretino, si te atreves.

ÁNGELO [a/ MERCADER 2.º]

Aquí tienes tu pago. [A/ GUARDIA] Deténlo ya.— Ni a mi
propio hermano perdonaría que se burlara de mí con tanta
insolencia.

Quedas detenido; ya conoces los cargos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Y me someto mientras no cubra la garantía. Ay, bribón, esta chanza te saldrá tan cara que no la
pagará todo el oro de tu tienda.

ÁNGELO

Señor, las leyes de Éfeso estarán conmigo y te
expondrán a la pública vergüenza.

Entra DROMIO DE SIRACUSA, [que viene] del puerto.

DROMIO DE SIRACUSA

Mi señor: hay un buque de Epidamno

que aguarda la llegada de su dueño y luego zarpa. Ya puse a bordo nuestra carga y he comprado aceite, bálsamo y licor. La nave está presta y el viento sopla alegre desde la orilla; solo esperan que el dueño, el piloto y nosotros abordemos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Y ahora, qué? ¿Un loco? ¿Qué dices, zoquete? ¿Qué buque de Epidamno nos espera?

DROMIO DE SIRACUSA

El que mandaste buscar para marcharnos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Criado borracho, te pedí una soga, y te dije para qué fin y propósito.

DROMIO DE SIRACUSA

¿Una soga? Pues para que me cuelguen del cuello. Pero no. Fui a la bahía a contratar un barco.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Ya hablaremos del asunto con más tiempo y enseñaré a tus oídos a escucharme.

Ve con Adriana, pillo, a toda prisa. Dale esta llave. En la gaveta de la mesa que cubre un tapiz turco hay una bolsa llena de ducados; que me la envíe. Dile que me han detenido en la calle y requiero una fianza. Pronto, bribón.— A la cárcel, pues, mientras llega el dinero.

Salen [todos, menos DROMIO DE SIRACUSA].

DROMIO DE SIRACUSA

¿Con Adriana? Pero ahí es donde almorzamos. Donde una Dulcibella me quiere por marido, aunque es muy gruesa para que yo la abarque.

Pero he de ir, aun contra mis deseos: antojo de señor, deber de siervo.

Sale

Escena II

Entran ADRIANA y LUCIANA.

ADRIANA

Ay, Luciana, ¿de ese modo te ha tentado?
¿Advertiste llanamente si en sus ojos el ruego era
sincero? ¿Se ha sonrojado?
¿Lo viste pálido, triste o jubiloso? ¿Qué has notado en los
oscilantes meteoros^[34] que van de su corazón hasta su
rostro?

LUCIANA

Primero dijo que a ti no le ata nada.

ADRIANA

Si niega sus votos, tanto más me agravia.

LUCIANA

Y después, que esta casa no era suya.

ADRIANA

Dijo bien, aunque en ello se perjura.

LUCIANA

Entonces, supliqué por ti.

ADRIANA

¿Y qué dijo?

LUCIANA

Que a mí, y no a ti, rogaba lo mismo.

ADRIANA

¿Y con qué argumentos quiso persuadirte?

LUCIANA

Con los que convienen a causa admisible: alabó mi gracia,
mis razones sabias...

ADRIANA

¿Le correspondiste?

LUCIANA

Hermana, ten calma.

ADRIANA

No; no he de esperar en silencio, ni quieta.
Si en mi corazón no vive, sí en mi lengua: es feo,
deforme, brutal, rancio y viejo; por doquier horrible,

de cara y de cuerpo; es cruel y vicioso, tonto, brusco, impío; torvo de aspecto, de espíritu maligno.

LUCIANA

Pero, entonces, dime: ¿por qué estás celosa? ¿Quién llora perderse una mala cosa?

ADRIANA

Ah, lo cierto es que conozco su valía, mas quiero que otras solo vean sus faltas:
lejos de su nido canta el avefría;^[35] en mi alma lo exalto, mi lengua lo ultraja.

Entra DROMIO DE SIRACUSA.

DROMIO DE SIRACUSA

Venga, el cajón; deprisa, el dinero.

LUCIANA

¿Por qué te falta el aire?

DROMIO DE SIRACUSA Por el aprieto.

ADRIANA

¿Y tu señor? ¿Qué pasa? ¿Dónde está?

DROMIO DE SIRACUSA

Allá, en el limbo del tártaro infernal:

lo atrapó un diablo de atuendo indestructible, de corazón abotonado con acero; un demonio, un duende maligno y detestable, un lobo, un esbirro cubierto de corambre, un falso amigo que, si abraza, hunde la daga, de los que impiden ir por calles y cañadas; un perro despistado que no pierde la pista; que te lleva al infierno antes que la justicia.

ADRIANA

Pero, Dromio, ¿por qué motivo?

DROMIO DE SIRACUSA

No sé por qué motivo. Lo detuvieron por un cargo.

ADRIANA

¿Lo detuvieron? Pero ¿cuál es el cargo?

DROMIO DE SIRACUSA

No sé el cargo, mas lo acusan y cargaron contra él.
Eso sí, el que lo hizo acusa un gusto por la piel.
Pero, señora, ¿no le mandas la fianza, el dinero del cajón?

ADRIANA

Tráelo, hermana. Esto me confunde.

Sale LUCIANA.

¿Será delincuente sin que yo lo sepa?
Di, ¿le prendieron por alguna mala liga?

DROMIO DE SIRACUSA

No, no; por algo más resistente: una cadena o tal vez un collar. ¿No oyes cómo resuena?

ADRIANA

¿Ese collar?

DROMIO DE SIRACUSA

No, el reloj. Me tenía que haber marchado.
Al dejarle dio las dos, y ahora la una ha dado.

ADRIANA

¿Un reloj que marcha atrás? No oí cosa más absurda.

DROMIO DE SIRACUSA

Pues no: si te vence el plazo y llega el guardia, tú reculas.

ADRIANA

Se echa atrás quien debe algo, no el reloj. ¡Qué disparate!

DROMIO DE SIRACUSA

El tiempo está en bancarrota, debe más de lo que vale. Y además es un ladrón. ¿Acaso nunca has oído que nos acosa día y noche sin verlo, como un bandido? Si el tiempo, que debe y roba, ve algún guardia en su camino, no echará atrás una hora para cambiar el destino?

Entra LUCIANA [con el dinero].

ADRIANA

Dromio, lleva este dinero con premura, y a tu amo trae a casa de inmediato.— Ven, hermana. Cuánto me agobia la duda: es mi consuelo, mas también mi calvario.

Salen.

Escena III

Entra ANTÍFOLO DE SIRACUSA.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No he hallado a nadie que no me salude, como si nos conociéramos de siempre. Y todos me han llamado por mi nombre. Unos me convidan, otros me ofrecen dinero,

otros más agradecen mis bondades y otros desean venderme algún artículo.

Ahora mismo, un sastre me ha llevado a su tienda, me ha mostrado las sedas que compró para mí y al momento me ha tomado medidas. Esto solo puede ser un espejismo, trucos de hechiceros de Laponia que aquí viven.

Entra DROMIO DE SIRACUSA.

DROMIO DE SIRACUSA

Toma, señor: el dinero que pediste. Pero ¿cómo? ¿Has mandado al émulo de Adán a cambiarse de uniforme?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿De qué dinero hablas y a qué Adán te refieres?

DROMIO DE SIRACUSA

No al guardián del paraíso, sino al de la cárcel; el que viste la piel del ternero que mataron para el hijo pródigo; el que te acosó por la espalda, señor, como un ángel maligno, y te privó de libertad.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No te entiendo.

DROMIO DE SIRACUSA

¿No está claro? El que parece un violón en estuche de cuero, señor; el tipo que, cuando los caballeros se agotan, les procura tiempo de reposo (aunque les reste el espacio); el que se apiada de los míseros y les consigue ropa que les dure; el que se empeña en hacer más labor con el garrote que con la garrocha.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Un guardia, dices?

DROMIO DE SIRACUSA

Ese mismo, señor: el sargento de esa banda que se encarga de bandear a los que no obedecen sus bandos; el que cree que todos tienen ganas de acostarse y los detiene, diciendo: «Dios te dé un buen descanso.»

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Ay, granuja: deja que descanse un poco de tus necedades. ¿Hay barcos que zarpen esta noche? ¿Podremos partir?

DROMIO DE SIRACUSA

Pero, señor, eso te lo dije hace una hora: que la nave *Prontitud* sale esta noche, mas luego el sargento te entretuvo haciéndote aguardar la chalupa *Demora*. Aquí están los ángeles de oro que pediste para tu salvación.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Este pillo devanea y yo también.

Vagamos en un mundo de ilusiones.

¡Que un poder bendito nos saque de aquí!

Entra una CORTESANA.

CORTESANA

Qué gusto verte, Antífolo, qué gusto.
Noto que por fin hallaste al joyero.
¿Esa es la cadena que me prometiste?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¡*Vade retro*, Satanás! No me tientes.

DROMIO DE SIRACUSA

Ay, amo, ¿es el diablo esta mujer?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

El diablo en persona, sí.

DROMIO DE SIRACUSA

Peor aún: es la madre del diablo. Y ha tomado la apariencia de moza indecente. De ahí que cuando ciertas mozas dicen «¡Guárdame, madre mía!», es lo mismo que decir «Madre mía, guárdame de ser decente.» Y está escrito que aparecen en forma de etéreos ángeles de luz: la luz deriva del fuego, el fuego es ligero, volátil: estalla y arde. *Ergo*, una moza indecente nos quema.^[36] Aléjate, amo.

CORTESANA

Veo que estáis de buen humor.— ¿Vienes conmigo? Te daré en mi casa lo que faltó en el almuerzo.

DROMIO DE SIRACUSA

Si la sigues, señor, solo te dará papillas, y por eso harías bien en pedir una cuchara muy larga.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA ¿Por qué, Dromio?

DROMIO DE SIRACUSA

Porque, según oí, si comes con el diablo, mejor hazlo de lejos.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Aléjate, Satán. ¿Para qué me convidas?
No eres más que un hechizo, como todos aquí. Te conjuro que nos dejes en paz.

CORTESANA

Devuélveme el anillo que te di en la comida, o a cambio dame la cadena que me prometiste, y partiré sin molestarte.

DROMIO DE SIRACUSA

Algunos demonios nos piden los recortes de las uñas, un junco, un cabello, una gota de sangre, un alfiler, una nuez, el hueso de una cereza; pero esta, más avara, quiere una cadena.— Sé cauto, señor, que, si se la das, este diablo saca la suya y nos mata del susto.

CORTESANA

El anillo o la cadena. Piénsalo y escoge.
Espero, Antífolo, que no quieras traicionarme.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Atrás, bruja. Ven, Dromio: hora de retirarse.

DROMIO DE SIRACUSA

¡Qué fresca! El pavo real habla de vanidades!

Salen [ANTÍFOLO y DROMIO DE SIRACUSA].

CORTESANA

No hay duda de que Antífolo está loco, o no se humillaría de tal manera. Le di un anillo (me costó cuarenta ducados) y a cambio me prometió la cadena. Ahora me niega lo uno y lo otro. Está claro que ha perdido el juicio, pues, además de esta reciente furia, en la tarde hizo un relato desquiciado de cómo le impidieron entrar en casa. Tal vez su esposa, conociendo bien sus males, le negó a propósito el acceso. Ahora mismo debería decirle a su mujer que, en medio de su locura, Antífolo entró a la fuerza en mi casa y cogió mi anillo. Eso debo hacer, pues tantos ducados es duro perder.

Sale.

Escena IV

Entran ANTÍFOLO DE ÉFESO y un CARCELERO.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

No temas, hombre, no voy a fugarme. Antes de salir, te daré tanto dinero de fianza como el que causó mi detención. Hoy mi esposa no está de buenas y no se tomará a broma las noticias que le he enviado sobre mi detención. Créeme: le van a irritar los oídos.

Entra DROMIO DE ÉFESO, con una soga.

Aquí llega mi criado; debe traer la fianza.

¿Qué hay, Dromio? ¿Tienes lo que te he pedí?

DROMIO DE ÉFESO

Aquí traigo lo que va a hacer que todos la paguen.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Pero ¿dónde está el dinero?

DROMIO DE ÉFESO

Pues se lo he dado al de la soga, señor.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Quinientos ducados, tonto, por un cabo?

DROMIO DE ÉFESO

¡Qué va! Por esa suma, te traigo un regimiento.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Pero ¿qué fin debías cumplir?

DROMIO DE ÉFESO

Traer una soga. Pero un cabo, al fin y al cabo, es lo mismo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Y te da lo mismo, si *te acabo* y pongo fin?

[*Le pega a DROMIO.*]

CARCELERO

Sé paciente, buen señor.

DROMIO DE ÉFESO

No: con tantos tormentos, el paciente seré yo.

CARCELERO

Bueno, frena esa lengua.

DROMIO DE ÉFESO

Mejor dile a él que frene esos puños.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Hijo de puta, cretino insensato.

DROMIO DE ÉFESO

Preferiría ser insensible, señor, para no sentir tus golpes.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Pues es lo único que sientes, como los asnos.

DROMIO DE ÉFESO

Es verdad: estoy hecho un asno. Y mis largas orejas lo confirman. He sido el criado de este hombre desde que nací, y de sus manos, por mis servicios, no he recibido más que manotazos. Si tengo frío, me calienta con leña; si tengo calor, me lo quita a palos. Así me despierta si duermo; así me pone de pie si me siento; así me echa de la casa, y así me da la bienvenida. Cargo sus golpes a mi espalda como la pordiosera a su mocoso, y cuando al fin me deje tullido, mendigaré de puerta en puerta con ellos por joroba.

Entran ADRIANA, LUCIANA, la CORTESANA y un maestro llamado PIZCO

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Vamos ya, que viene mi mujer.

DROMIO DE ÉFESO

Señora, *respice finem*, o sea, recuerda tu destino; o para hacerle como el loro profeta: respeta el cabo y el fin de esta sogá.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Por qué no te callas?

Le pega a DROMIO.

CORTESANA

¿Y ahora, qué dices? ¿No está loco tu marido?

ADRIANA

Esta conducta salvaje lo demuestra. Profesor Pizco, tú sabes de conjuros; devuélvele el juicio, te lo ruego, y yo te daré lo que me pidas.

LUCIANA

¡Ay, qué agitado y qué feroz parece!

CORTESANA

Ved cómo tiembla en su delirio.

PIZCO

Dame la mano, que te tome el pulso.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Aquí la tienes, ¡y en la oreja!

[Le pega a PIZCO.]

PIZCO

Satán, que has tomado residencia en este hombre, te ordeno rendirte a mis sacros conjuros y volver de inmediato a tu reino de tinieblas. En nombre de todos los santos, ¡obedece!

ANTÍFOLO DE ÉFESO

A callar, brujo chiflado, que yo no estoy loco.

ADRIANA

Ojalá fuera cierto, pobre alma en pena.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Tú, fresca, ¿son estos tus clientes? ¿Este esperpento color azafrán se divirtió y festejó en mi casa hoy mismo mientras las puertas culpables me impedían entrar yo en mi propia casa?

ADRIANA

Ay, esposo, Dios sabe que almorzaste en casa

y, si de ella no hubieras salido, ahora no sufrirías infamias y calumnias.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Que he almorzado en casa?— ¿Tú qué dices, bribón?

DROMIO DE ÉFESO

A decir verdad, señor, no has comido en casa.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿No estaba cerrada y yo me quedé a la puerta?

DROMIO DE ÉFESO

Perdíe que estaba cerrada, y tú, afuera.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Y ella misma no me ha vilipendiado?

DROMIO DE ÉFESO

Sans fable, te trató de modo vil y pendenciero.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Y la pinche no me hizo escarnio y burla?

DROMIO DE ÉFESO

Certes, la vestal del fogón se burló de ti.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Y yo no me largué de allí furioso?

DROMIO DE ÉFESO

Es verdad, y mis huesos son testigos del vigor de tu furia (y no dejan de serlo).

ADRIANA

¿Ayuda apaciguarlo en tal contrariedad?

PIZCO

No hace daño: el criado conoce sus humores; si le sigue el juego, alivia su delirio.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Sobornaste al orfebre para que me detuviera.

ADRIANA

¡Ay de mí! Dromio vino de prisa por el oro de tu fianza, y así se lo entregué.

DROMIO DE ÉFESO

¿Oro conmigo? Cariño y buenos deseos, quizá, pero, señor, de oro ni un grano.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿No te envié por una bolsa de ducados?

ADRIANA

A mí me la pidió y la puse en sus palmas.

LUCIANA

Y a mí me consta que lo hizo.

DROMIO DE ÉFESO

Dios y el que vende las sogas dan fe de que solo me enviaste por un cabo.

PIZCO

Señora, los dos son víctimas de posesión: lo noto en sus rostros pálidos y mustios.
Hay que atarlos y encerrarlos en la oscuridad.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Explica por qué me has dejado fuera y por qué me niegas el dinero.

ADRIANA

Querido esposo, yo nada te he negado.

DROMIO DE ÉFESO

Querido señor, yo nada de oro he recibido.
Lo que sí confieso es que hoy nos dejaron fuera.

ADRIANA

En ambas cosas mientes, hipócrita bribón.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Y tú mientes en todo, hipócrita perdida, pues te has confabulado con esta tropa ruin para hacerme objeto de una burla abyecta. Pero estas uñas arrancarán los ojos falsos con que quieres mirarme envilecido.

ADRIANA

Atadlo, atadlo, que no se me acerque.

Entran tres o cuatro, que intentan atarlo. ANTÍFOLO se resiste.

PIZCO

¡Más ayuda! El poder del diablo lo domina.

LUCIANA

¡Ay, pobre! Está pálido y lechoso.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Pero ¿queréis matarme?

Eh, carcelero, que estoy en tu custodia. ¿Dejarás que me secuestren?

CARCELERO

Soltadle, señores; es mi prisionero, y no os lo llevaréis.

PIZCO

Este también está frenético. ¡Atadle!

ADRIANA

Pero ¿qué intentas, guardia majadero? ¿Te complace que un pobre desgraciado se dañe a sí mismo y se ponga en ridículo?

CARCELERO

Es mi prisionero y, si le suelto, tendré yo que pagar su deuda.

ADRIANA

Yo pagaré la deuda antes de irme. Llévame con sus acreedores, y en cuanto sepa el motivo, he de saldarla. Profesor, cuida que lo conduzcan sano y salvo a mi casa. ¡Qué día tan funesto!

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Qué tía tan funesta!

DROMIO DE ÉFESO

Amo, aquí estoy: atado contigo y por tu culpa.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Calla, zopenco, ¿por qué me enfadas?

DROMIO DE ÉFESO

¿Dejas que te prendan sin más? Mejor grita como un loco: «El demonio, el demonio».

LUCIANA

¡Dios os guarde, pobres almas! ¡Cuántas necesidades!

ADRIANA

Lleváoslos ya. Hermana, acompáñame.

Salen [PIZCO y acompañamiento, llevándose a ANTÍFOLO y DROMIO].

Quedan ADRIANA, LUCIANA, el CARCELERO y la CORTESANA.

Dime, pues, ¿quién ha pedido que lo detengan?

CARCELERO

Ángelo, un joyero. ¿Lo conoces?

ADRIANA

Lo conozco, sí. ¿Cuánto se le debe?

CARCELERO

Doscientos ducados.

ADRIANA

¿Y a cuenta de qué?

CARCELERO

De una cadena que le dio a tu esposo.

ADRIANA

Encargó una cadena para mí, mas no se la han dado.

CORTESANA

Hoy, tu iracundo esposo irrumpió en mi casa y me quitó un anillo. Es el mismo que he visto ahora en su mano. Después, al encontrarle, vi que llevaba una cadena.

ADRIANA

Es posible, pero yo no la he visto. Vamos, carcelero, llévame con el orfebre: muero por conocer toda la verdad.

Entran ANTÍFOLO y DROMIO DE SIRACUSA, con estoques desenvainados

LUCIANA

¡Dios nos guarde, se han soltado!

ADRIANA

¡Y han desenvainado las espadas!
Busquemos más ayuda, que los aten otra vez.

CARCELERO

¡Vamos, que nos matan!

Salen corriendo todos, tan rápido como pueden, asustados.

[*Quedan ANTÍFOLO Y DROMIO DE SIRACUSA.*]

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Veo que a estas brujas les asustan las espadas.

DROMIO DE SIRACUSA

Quien se decía tu esposa, ahora huyó de ti.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Vete al «Centauro» y saca nuestro equipaje. Ansío que estemos a bordo, sanos y salvos.

DROMIO DE SIRACUSA

Quedémonos esta noche. Seguro que no nos harán daño. Has visto que nos hablan bien, y nos dan oro. Me parecen un pueblo tan cordial, que si no fuera por aquella insensata montaña de carne que quiere ser mi esposa, podría hallar la voluntad de quedarme y volverme brujo.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Yo aquí no me quedo, ni por la ciudad entera, conque, vamos y embarquemos nuestras cosas.

Salen.

Acto V

Escena I

Entran el [SEGUNDO] MERCADER y [ÁNGELO,] el joyero.

ÁNGELO

Lamento que por mi culpa no te fueses, mas te juro que le di aquella cadena, aunque hoy lo niegue con tanto descaro.

MERCADER 2.º

¿Él tiene buena fama aquí, en Éfeso?

ÁNGELO

Su prestigio es enorme, señor, su crédito no tiene límite, se le aprecia como a nadie y su palabra bastaría para confiarle toda mi hacienda cuando fuera.

MERCADER 2.º

Creo que ahí viene; baja la voz.

Entran de nuevo ANTÍFOLO y DROMIO DE SIRACUSA.

ÁNGELO

Es él, y lleva al cuello la cadena que vilmente juraba no tener. Ponte junto a mí, que voy a afrontarlo.— Señor Antífolo, cuánto me asombra que me hayas causado tal vergüenza y tantos líos, amén de los que tú mismo sufriste, al negar con empaque y juramentos tener la joya que ahora luces.

Además del agobio, la vergüenza y la cárcel, le has hecho un mal a mi honorable amigo, pues, si nuestros pleitos no le hubiesen retrasado, se habría hecho a la mar con velas desplegadas.

Yo te he dado esa cadena. ¿Vas a negarlo?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Sí que me la diste. Nunca lo he negado.

MERCADER 2.º

Claro que lo has hecho, y eres un perjurador.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Quién me ha oído negarlo o perjurar?

MERCADER 2.º

Yo mismo, con estos oídos, y no lo ignoras. Da vergüenza, desgraciado, que vivas donde viven los hombres respetables.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Quien así me acuse es un canalla. De mi honor y rectitud te daré pruebas ahora mismo, si te atreves a afrontarme.

MERCADER 2.º

Me atrevo, y digo que eres un canalla.

Desenvainan.

Entran ADRIANA, LUCIANA, la CORTESANA y acompañamiento.

ADRIANA

Deténte, no le hieras, por Dios, que está loco.
A rodearlo, vamos; quitadle el estoque.
Atad también a Dromio y llevadlos a mi casa.

DROMIO DE SIRACUSA

A correr, señor; por Dios, busquemos refugio. Aquí hay una abadía; vamos, que nos zurren.

Salen [ANTÍFOLO y DROMIO DE SIRACUSA] para refugiarse en la abadía

Entra [EMILIA,] la abadesa.

EMILIA

¡Silencio todos! ¿Por qué os agolpáis aquí?

ADRIANA

Para llevarnos al pobre loco de mi esposo. Permite que entremos para atarlo y conducirlo a casa, a que se cure.

ÁNGELO

Ya decía yo que no estaba en sus cabales.

MERCADER 2.º

Lamento haber desenvainado contra él.

EMILIA

¿Desde cuándo sufre este delirio?

ADRIANA

Toda la semana lo vi grave, amargo, triste, muy, pero muy distinto de quien siempre ha sido; pero solo esta tarde su trastorno ha explotado en un rapto de furor.

EMILIA

¿Acaso un naufragio le ha quitado sus riquezas? ¿Murió un buen amigo? ¿O es que sus pupilas hacen que su alma yerre hacia un amor indebido, pecado que hoy abunda entre los

jóvenes, que dan a sus ojos excesiva libertad? ¿Cuál de estos pesares le domina?

ADRIANA

Ninguno, si no el último: un amorío que con frecuencia lo aleja de su casa.

EMILIA

Y por ello debiste reprimirlo.

ADRIANA

Ya lo hice.

EMILIA

Quizá, mas sin bastante firmeza.

ADRIANA

Con la que mi decoro me autoriza.

EMILIA

Tal vez en privado.

ADRIANA

Y también en público.

EMILIA

Mas no lo suficiente.

ADRIANA

¡Si no tenía otro tema de conversación! En la cama no dormía de tanto decírselo, en la mesa no comía de tanto decírselo; a solas era el meollo de mi discurso, con amigos a menudo lo insinuaba; siempre le hablé de su maligno vicio.

EMILIA

Pues no me sorprende que perdiera el juicio. Las quejas de una celosa son como un tósigo, y más fatales que la rabia de un perro. Dices que tus clamores le impedían dormir, de ahí que su mente divague y delire. Sus comidas sazonabas con regaños: un almuerzo inquieto no hace digestión.

De la fiebre solo surge el fuego de la ira, ¿y qué es la fiebre sino un arranque de locura? Dices que tus disputas menguaban su reposo y su gentil recreo. ¿Y qué puede seguirles sino la melancolía, gris, inconstante, prima de la sombría desesperanza y la zozobra, a las que sigue un tropel de pálidos achaques que amenazan la vida? Si perturbas su alimento, su gozo o el bálsamo de su quietud, el hombre o la bestia enloquecen:

el temor por tus celosos arrebatos ha vuelto a tu esposo un loco insensato.

LUCIANA

Mas nunca lo reprendió con dureza cuando era hosco, grosero, una fiera.— ¿Por qué aceptas sus regaños en silencio?

ADRIANA

Porque me ha hecho descubrir mis propios vicios. Señores, entrad y traedlo aquí.

EMILIA

No, nadie ha de entrar en mi casa.

ADRIANA

Entonces, que lo traigan tus sirvientes.

EMILIA

Tampoco. Ha elegido mi casa por refugio, y con ello estará lejos de vuestro alcance hasta que yo misma le devuelva la cordura o vea que mis afanes son en vano.

ADRIANA

Quiero ser la enfermera de mi esposo y aliviar su dolencia; en tal oficio, mío solamente, nadie puede remplazarme. Permite, por tanto, que lo lleve a casa.

EMILIA

Tendrás que ser paciente, pues no habrá de salir hasta que los medios bien probados que poseo (jarabes, medicinas y santas oraciones) le reintegren toda su cordura. Es parte y menester de mis votos, un deber caritativo de mi orden. Así que vete y déjalo a mi cuidado.

ADRIANA

No me iré dejando aquí a mi esposo. Y mal le viene a tu religiosidad que separes a la esposa del marido.

EMILIA

Calla y vuélvete a casa, que no te lo daré.

[Sale.]

LUCIANA

Quéjate ante el duque por esta indignidad.

ADRIANA

Ante él me postraré, y no he de alzarme hasta que mi llanto y mis plegarias obtengan la gracia de que venga aquí en persona y le arranque mi marido a la abadesa.

MERCADER 2.º

Me parece que ahora son las cinco. Sin duda el propio duque en persona se aproxima a este valle de tristeza, lugar de ejecuciones y de muerte, tras los fosos de esta abadía.

ÁNGELO

¿Con qué motivo?

MERCADER 2.º

Para presenciar la decapitación de un venerable mercader de Siracusa que por desgracia atracó en la bahía contra las leyes y decretos de esta ciudad.

ÁNGELO

Allí están; seremos testigos de su muerte.

LUCIANA

Póstrate ante el duque antes de que llegue a la abadía.

Entran el DUQUE de Éfeso, y [EGEÓN], el mercader de Siracusa, con la cabeza descubierta, junto con el verdugo y guardias.

DUQUE

Que se proclame en público de nuevo:

si algún amigo paga el rescate de este hombre, no morirá.
Tanto lo apreciamos.

ADRIANA

¡Pido justicia, señor, contra la abadesa!

DUQUE

Es una dama de gran virtud y prestigio; no puede ser que te causara agravio.

ADRIANA

Señor, te ruego que me escuches. Mi esposo, a quien con tu venia hice dueño de mí y de todo lo mío hasta este aciago día, ha sufrido un arrebató de locura, tan grande, que corrió por las calles con su criado, también enloquecido, causando malestar entre la gente y entrando en sus casas para robarles joyas y sortijas, cualquier cosa que su furia les dictase. Una vez que pude atarlo y enviarlo a mi hogar, cuando intentaba poner en orden los perjuicios que aquí y allá cometió en su desvarío, al punto, no sé con qué fuerzas, escapó de sus guardianes, y con

su sirviente enloquecido, cada uno en su iracundia, espada en mano, furiosos atacaron otra vez, poniéndonos en fuga, hasta que provistos de más ayuda, volvimos para apaciguarlos. Entonces se refugiaron en la abadía, donde queríamos seguirles, mas la superiora nos cerró las puertas y ni nos deja que lo saquemos de ahí, ni lo saca para que nos lo llevemos. Así, pues, te ruego, señor, que por tu mandato nos lo entreguen para su curación.

DUQUE

Hace tiempo que tu esposo me sirvió en la guerra, y al hacerlo dueño y señor de tu lecho, con palabra de príncipe, juré concederle

todo el bien y la gracia a mi alcance. Que alguno llame a la puerta de la abadía y diga que salga a verme la abadesa.

Esto voy a resolverlo antes de seguir.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO

¡Ay, señora mía, huye y ponte a salvo! Mi amo y su sirviente andan sueltos, zarandearon a las mozas una a una, ataron al profesor, le chamuscaron la barba, y mientras ardía, se la extinguieron echándole cubos y cubos de agua fangosa. Mi señor le pedía tener paciencia y Dromio lo ha rapado como si fuera un loco. De seguro matarán al exorcista si no envías ayuda de inmediato.

ADRIANA

Calla, necio, que tu señor y su criado están aquí; es falso lo que cuentas.

MENSAJERO

Por mi vida, señora, que digo la verdad; desde que los vi casi no tengo respiro. Tu marido dice a gritos que, si te captura, te quemará la cara hasta desfigurarte.

Se oyen gritos.

Cuidado, señora; aléjate, que llegan.

DUQUE

Venid junto a mí, sin temor.— Guardias, las lanzas.

ADRIANA

¡Ay de mí! Es mi esposo. Sed testigos de que va de un lado a otro invisible. Se refugia aquí, en la abadía, y ahora está allí: esto no lo concibe la razón.

Entran

ANTÍFOLO y DROMIO DE ÉFESO.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¡Justicia, augusto duque! Pido justicia en nombre del servicio que presté en otro tiempo al defenderte en la batalla, sufriendo graves cicatrices. Por la sangre que derramé en tu favor, justicia.

EGEÓN

Si el miedo a morir no me ha enloquecido, estoy viendo a mi Antífolo y a Dromio.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Justicia, señor, contra esta mujer, la misma que me diste por consorte, pues ella me ha ofendido y deshonrado con las peores calumnias y ruindades. El mal que sin pudor me ha infligido desafía nuestra imaginación.

DUQUE

Relata los hechos y verás que soy justo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Hoy mismo, gran duque, me dejó fuera de casa, mientras dentro se divertía con gente vil.

DUQUE

Una grave ofensa. Mujer, ¿es cierto?

ADRIANA

No, señor. Hoy ha almorzado conmigo y con mi hermana; que se pierda mi alma si no son falsos sus cargos.

LUCIANA

No vea yo un nuevo día, ni duerma de noche, si no te ha dicho la verdad, señor.

ÁNGELO

¡Ah, mujer perjura! Ambas dicen falsedades. En esto el loco las acusa con razón.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Señor, sé muy bien lo que digo: ni el efecto del vino me ha embriagado, ni el tumulto de la ira me trastorna, aunque mis males desquiciarían a un sabio. Esa mujer me impidió almorzar en casa, y el joyero que ahí ves, si no es su cómplice, podría confirmarlo, pues se hallaba conmigo, y él mismo fue a buscar una cadena que debía llevarme al

Hostal del Puercoespín, donde Baltasar y yo comíamos juntos. Al terminar, fui en busca de este orfebre, pues no llegó a la cita. Lo vi en la calle, acompañado de ese caballero. En ese instante cometió perjurio, diciendo que me había entregado la cadena, la cual, lo saben Dios y él, nunca he visto.

Por ello hizo que me detuvieran. Yo consentí, pero mandé a mi criado por el dinero, aunque volvió sin un céntimo.

Entonces le pedí al guardia cortésmente que me acompañase hasta mi casa. En el camino hallamos a mi esposa, a mi cuñada y a una turba de viles personajes. Entre ellos venía un tal Pizco, un bellaco de cara enjuta, todo huesos, un charlatán, un bufón harapiento, un nigromante, un famélico de ojos míseros y hundidos, un muerto viviente. Ese bandido hizo las veces de médico hechicero, y mirándome a los ojos, tomándome el pulso, descaradamente y en mi propia cara, gritó que yo estaba poseído. Luego todos se me echaron encima, me ataron y a la fuerza me arrojaron a un sótano húmedo y oscuro con mi criado, atado a él,

hasta que, royendo la soga, la partí y recobré mi libertad. He venido al momento ante tu Gracia, a reclamar plena satisfacción por las graves ofensas y estas humillaciones tan indignas.

ÁNGELO

Señor, soy testigo de que es cierto: no comió en su casa, le cerraron las puertas.

DUQUE

Pero ¿le diste o no esa cadena?

ÁNGELO

Sí, señor y, cuando entró en la abadía, otros también la vieron en su cuello.

MERCADER 2.º

[a ANTÍFOLO DE ÉFESO]

Además, mis propios oídos dan fe de que dijiste haberla recibido, tras negarlo antes en la plaza; por eso desenvainé contra ti, y luego entraste en esta abadía, de donde creo que has salido por milagro.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Jamás traspasé los muros de esta abadía, y tú no desenvainaste contra mí. No he visto la cadena (el cielo es mi testigo) y todo lo que dices es mentira.

DUQUE

¡Pero qué acusación tan enredada!

Cual si hubieseis bebido de la copa de Circe.^[37] Si ahí se hubiera refugiado, ahí estaría; si fuera un loco, no hablaría tan cuerdo.— Dices que comió en su casa, mas el joyero niega que lo hiciera.— ¿Y tú qué dices, eh?

DROMIO DE ÉFESO

Que comió con esa señora en el «Puercoespín».

CORTESANA

Sí, y allí arrancó ese anillo de mi dedo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Cierto, señor, ella me regaló este anillo.

DUQUE

¿Y tú lo viste entrar en la abadía?

CORTESANA

Tan claramente, señor, como a ti ahora.

DUQUE

Qué extraño. Que venga la abadesa.
O todos se confunden, o todos están locos.

Sale uno a [llamar a] la abadesa.

EGEÓN

Duque poderoso, concédeme la palabra. Aquí veo a un amigo que tal vez podría pagar mi rescate y salvar mi vida.

DUQUE

Habla con libertad, siracusano.

EGEÓN

¿No eres Antífolo, señor, y este no es Dromio, a quien unen contigo añejos lazos?

DROMIO DE ÉFESO

Más bien recientes: hace una hora nos ataron. Pero mi amo partió las cuerdas con los dientes, y sí, Dromio soy, su criado, mas sin lazos.

EGEÓN

Seguro que los dos me recordáis.

DROMIO DE ÉFESO

Ya que vienes amarrado, algo nos recuerdas

de lo que nos hicieron hace poco.

¿Eres, por desventura, paciente del tal Pizco?

EGEÓN

¿Por qué me ves como a un extraño? Tú me conoces.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Jamás en la vida te había visto.

EGEÓN

¡Ay! El dolor me ha transformado el rostro. El ansia y la mano deformante del tiempo lo han desfigurado desde la última vez que me viste. Pero di al menos: ¿no reconoces mi voz?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

En absoluto.

EGEÓN

¿Y tú, Dromio?

DROMIO DE ÉFESO

No, señor, tampoco.

EGEÓN

Mas yo sé que sí.

DROMIO DE ÉFESO

Y yo sé que no. Pero ya no importa lo que alguien te niegue, pues estás atado... a su palabra.

EGEÓN

¿Ya no recuerdas mi voz? Oh, tiempo implacable, ¿tanto has desgastado y hendido mi pobre lengua en siete cortos años, que mi hijo desconoce la débil disonancia de mis penalidades? Aunque hoy los surcos de mi rostro se oculten en la nieve tenaz que agota nuestra savia, y los conductos de mi sangre estén helados, la noche de mi vida conserva su memoria, mis antorchas moribundas aún refulgen,

mis sordos oídos aún pueden oír:
esos viejos testigos, sin miedo a engañarme, me dicen que eres mi hijo Antífolo.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Yo nunca vi a mi padre.

EGEÓN

Pero bien sabes, muchacho, que en Siracusa nos separamos hace siete años. Tal vez, hijo, te avergüenza conocerme en mi desdicha.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

El duque y quienes en este puerto me conocen, conmigo te aseguran que no es así. Yo nunca he estado en Siracusa.

DUQUE

Escucha, mercader, he sido veinte años el príncipe de Antífolo, y en este tiempo jamás fue a Siracusa.
Tu edad y tus penurias te han hecho desvariar.

Entra [EMILIA,] la abadesa, con ANTÍFOLO y DROMIO DE SIRACUSA.

EMILIA

Poderoso duque, contempla a un hombre ultrajado.

Todos se acercan a verlos.

ADRIANA

O la vista me engaña o veo a dos maridos.

DUQUE

Uno debe ser el espíritu guardián del otro. Entonces,
¿quién es el hombre de verdad y quién el espíritu?
¿Quién los distingue?

DROMIO DE SIRACUSA

Yo soy Dromio, señor: que él desaparezca.

DROMIO DE ÉFESO

Yo soy Dromio, señor: que yo permanezca.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

¿Eres tú, Egeón? Si no, su espectro.

DROMIO DE SIRACUSA

Ah, mi antiguo señor. Pero ¿quién te tiene atado?

EMILIA

No importa quién, yo desharé sus nudos, y con su libertad tendré un marido. Di, anciano Egeón, si en otro tiempo tuviste una esposa llamada Emilia que te dio dos bellos hijos en un parto. Si eres el mismo Egeón, habla, y le hablarás a la misma Emilia.

DUQUE

Ya empieza a aclararse su relato de esta mañana: hay dos Antífolos (estos dos tan iguales) y dos Dromios (uno solo en apariencia), más la historia del naufragio de esta dama; luego, estos son los padres de estos hijos, que por accidente se han reunido.

EGEÓN

Si no sueño, tú eres Emilia; si lo eres, dime: ¿dónde está el hijo que contigo se alejó en aquella funesta balsa?

EMILIA

Nos recogieron marineros de Epidamno, junto con uno de los Dromios; mas pronto, los rudos pescadores de Corinto les arrancaron a Dromio y a mi hijo, dejándome con los hombres de Epidamno. No sé qué sucedió luego con los niños; yo corrí la suerte en que me ves.

DUQUE

Antífolo, tú viniste de Corinto.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

No, señor, yo vine de Siracusa.

DUQUE

Espera.— Separaos, que no sé cuál es cuál.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Yo vine de Corinto, augusto duque.

DROMIO DE ÉFESO

Y yo junto con él.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Nos trajo a esta ciudad un célebre guerrero, el duque Menafón, tu renombrado tío.

ADRIANA

¿Cuál de los dos comió conmigo esta tarde?

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Yo, gentil señora.

ADRIANA

¿Y tú no eres mi marido?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

A eso yo diré que no.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Y yo también, aunque me dabas ese nombre. Y esta bella mujer, tu hermana, me llamaba cuñado.

[A LUCIANA] Lo que entonces te dije, espero tener ocasión de cumplirlo, si es que no sueño que te veo y te oigo.

ÁNGELO

Señor, esa es la cadena que te di.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Así parece, y no lo niego.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Y por ella me hiciste detener.

ÁNGELO

Así parece, y no lo niego.

ADRIANA

Yo envié con Dromio el dinero de tu fianza, pero creo que no lo ha entregado.

DROMIO DE ÉFESO

Yo no lo hice, no.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA [a ADRIANA]

Esta es la bolsa que me enviaste, y mi criado Dromio me la trajo. Veo que tratábamos con el criado ajeno; uno me tomó por él; el otro, al contrario, y de ahí que surgieran los enredos.

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Ofrezco este oro en rescate de mi padre.

DUQUE

No es preciso: ha salvado la vida.

CORTESANA

Antífolo, ¿me devuelves el anillo?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

Toma, y gracias por tu acogimiento.

EMILIA

Altísimo duque, ruego que te dignes entrar en la abadía con nosotros, y oír todo el relato de nuestras peripecias; y todos los que estáis aquí reunidos, tras sufrir este largo día de enredos, venid también, acompañadnos, os daremos plena satisfacción. Treinta y tres años llevé dentro la pena

de no ver a mis hijos, sin aliviar hasta ahora mi pesada carga.

Augusto duque, esposo, mis dos muchachos y Dromios, memorias de sus natalicios, venid a la fiesta de un nuevo bautismo: tras tanto dolor, tanto regocijo.

DUQUE

Iré a tu banquete, con todo placer.

Salen todos menos ambos DROMIOS y ambos hermanos [ANTÍFOLOS].

DROMIO DE SIRACUSA

Amo, ¿recojo tu equipaje de la nave?

ANTÍFOLO DE ÉFESO

¿Qué cosas mías has puesto en una nave?

DROMIO DE SIRACUSA

Las que estaban en el Hostal del Centauro.

ANTÍFOLO DE SIRACUSA

Me habla a mí.— Yo soy tu amo, Dromio.

Ven a la fiesta; lo demás se hará luego. Abraza a tu hermano, celebra con él.

Salen [ambos ANTÍFOLOS].

DROMIO DE SIRACUSA

En casa de tu amo hay una gordinflona que me acogió en la cocina tomándome por ti. Desde hoy será mi cuñada, y no mi mujer.

DROMIO DE ÉFESO

Pareces mi espejo y no mi hermano.

Debo ser muy guapo, a juzgar por ti.

¿Vamos a la fiesta a oír las historias?

DROMIO DE SIRACUSA

Tú primero; eres el mayor.

DROMIO DE ÉFESO

Vaya enigma. ¿Cómo resolverlo?

DROMIO DE SIRACUSA

Lo echaremos a suertes. Mientras, ve delante.

DROMIO DE ÉFESO

No, hermano. Mejor así:

Si al mundo vinimos uno junto al otro, vamos de la mano, como lo que somos.

Salen.

